

HARO  
TEGLEN

## FRANCIA: LA V<sup>e</sup> bis

**UNA CEREMONIA DE LA CONFUSION** Por primera vez desde hace muchos años, un sólo partido tiene la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional francesa. Por primera vez, una tendencia política, la de ese partido mayoritario con la unión de sus partidos satélites —atraídos y subordinados por su enorme fuerza centripeta— domina las tres cuartas partes de la Asamblea y relega a un rincón de la izquierda del hemiciclo una oposición maltrata, dolorida, atónita todavía por su propio fracaso, por una derrota que reviste los caracteres de histórica. La V República que nació hace diez años con De Gaulle tras un suave golpe de estado, que ha ido cambiando de apoyo político y de doctrina básica a medida que cambiaban, a su vez, las vicisitudes y las coyunturas, tiene ahora una amplia base de derechos. Es una nueva V República, una segunda V República; una V<sup>e</sup> bis. El éxito ha sorprendido a sus propios organizadores, a la cabeza de los cuales está el primer ministro Pompidou, incansable, astuto, luchador, verdadero triunfador personal de esta crisis que ha quedado calificado, si el régimen se prolongase, como delfín de quien en este movimiento ha revestido, más que nunca, su calidad de símbolo: el general De Gaulle.

El elemento principal de la sorpresa está sobre todo en el movimiento brusco de opinión sucedido en una sola semana entre el primero y el segundo turno. Si en aquél se veía ya una buena y confortable mayoría para la derecha, era, en cambio, imprevisible, la exagerada multiplicación que ha obtenido en éste. Se esperaba un fracaso; se esperaba, incluso por parte de los vencedores, el fenómeno que metafóricamente los comentaristas políticos llaman «la marea descendente». Ha ocurrido todo lo contrario. Un gran número de personas que el 23 de junio votaron a la izquierda, el 30 de junio votaban a la derecha. Es por ahora la última sorpresa que se da Francia a sí misma y a sus espectadores, tras dos meses de continuo espectáculo de teatro político. El 29 de mayo De Gaulle pensaba seriamente en retirarse: en cambio, un mes después, tiene todos los poderes de un monarca absoluto. Mendes-Frances recibía entonces telegramas de toda la nación pidiéndole que se hiciera cargo de un gobierno de salvación nacional y ahora pierde hasta su acta de diputado, derrotado en su propio feudo electoral de Grenoble. El centro, que se frotaba las manos sintiéndose árbitro de la situación en una Francia «de buen sentido» a la que se trataba de dividir entre izquierda y derecha, se ve aplastado con menos diputados de los que son necesarios para formar un grupo parlamentario (tiene 29 y la ley exige 30), mientras que Mitterrand, jefe visible de la que parecía ser la poderosa federación de la izquierda, el hombre que obligó a De Gaulle a ir a un segundo turno en las elecciones presidenciales, se encuentra ahora con que sus diputados son un triste grupito de amigos y que los mandos mejores de su partido, los más jóvenes, los más destacados, han caído en esta gigantesca poda. No es la menor sorpresa de todas el hecho de que la Asamblea, desprestigiada por un régimen antiparlamentario y enemigo del sistema de partidos, limitada por la constitución presidencialista, relegada por el régimen a un papel marginal, se haya visto convertida de pronto en la clave teórica de la situación, en la desembocadura de una serie de acontecimientos en los que no ha tenido parte y para resolver unos problemas que no estará nunca en sus manos resolver. Porque no debemos olvidar que durante diez años ha gobernado sin el menor obstáculo parlamentario y que, en pura realidad, la gigantesca mayoría actual no le da ni más ni menos facilidades para gobernar que las que le daban las exiguas mayorías anteriores.

Este es un equívoco más en una larga serie de equívocos, unos espontáneos y otros provocados. Hay ahora una mayoría de derechas que debe gran parte de sus votos a acclones y promesas tópicas de izquierda, como son: el alza masiva y general de salarios, el anuncio de participación de los obreros en las Empresas o la reforma de la Universidad; que debe otra parte de sus votos a las personas que hace unos años disparaban contra De Gaulle —y no sólo metafóricamente— y ahora aclaman a sus candidatos. Hay un partido comunista que durante diez años ha sostenido discretamente

al gobierno porque era un freno de la extrema derecha y porque sus políticas exteriores coincidían; que se vio sorprendido y aterrado por una revolución que le brotaba a su izquierda, fuera de su «aparato»; que se apresuró a convocarla; que quiso restañarla y al mismo tiempo disminuir el alcance de las huelgas obreras y que, de pronto, se vio acusado de ser el autor de esa subversión y, como consecuencia, derrotado en las elecciones donde ha perdido más de la mitad de sus diputados, abandonado al mismo tiempo por quienes le acusaban de subversión y por quienes lo acusaban de no haber apoyado la revolución.

Hubo una revolución juvenil que duró más de un mes en nombre de unos principios de renovación violenta y que de pronto se vio encabezada por Mendes-France y sostenida por Mitterrand, dos políticos del desván de la IV República; una revolución que combatió a brazo partido contra la «guardia negra» del régimen, que ocupó locales públicos, cambió banderas, dominó las calles, hizo temblar la estructura de la sociedad y que, sin embargo, por razones de la limitación legal de la edad no puede en este caso ni siquiera votar. Las leyes electorales forman parte de este gran juego de equívocos. Basta con un vistazo comparativo a los resultados en votos directos y a los resultados en puestos ganados: con un poco más del 50 por 100 de votos, la derecha se lleva el 75 por 100 de la Asamblea; con un poco más del 40 por 100, la izquierda no obtiene más que el 20 por 100 de escaños. Desde que se abandonó la ley electoral proporcional por este otro sistema de delicada álgebra que se emplea ahora, la fisonomía política del país y la de la Asamblea no han vuelto a coincidir jamás: esta ley puede situar una mayoría de izquierda en un país de predominio de la derecha, o a la inversa.

Un equívoco más es atribuir el triunfo de la derecha —que, por cierto, para mayor confusión se niega a considerarse a sí misma como derecha, característica general de todas las derechas del mundo: cada vez que un hombre insiste en proclamarse a sí mismo como de izquierda puede sospecharse que está ocultando una personalidad de derecha— solamente a sus propios méritos, sin regateárselos y sin dejar de insistir muy especialmente en los de Pompidou como gran profesional de este raro oficio que es la política, cuando lo que principalmente ha ocurrido es que más que triunfar la derecha, ha fracasado la izquierda. La izquierda francesa no ha levantado cabeza desde la derrota de la Comuna y ni siquiera en las breves temporadas en que ha gobernado (el frente popular o los gobiernos socialistas de la postguerra), ha gobernado «en izquierda» como la está pasando ahora a Wilson en Gran Bretaña. En este caso actual las vacilaciones de la Federación ante la izquierda y el comunismo, las del comunismo ante la revolución y el orden, la falta de programa común, la debilidad de sus pactos, el apuntar al segundo turno electoral en lugar de unirse desde el primero, las discusiones menores que les paralizan desde hace años, son los factores de una derrota absolutamente merecida. Por otra parte, no se ve tampoco en nombre de que esta izquierda debía ganar por un movimiento del que ni siquiera se enteró.

Toda esta serie de equívocos representa una especie de ceremonia pánica, de ceremonia de confusión. Como ocurre con frecuencia, Francia es el índice, el exponente más visible de uno de los fenómenos políticos mundiales. Se vive en una constante confusión, principalmente de origen semántico, donde todo el mundo se apropia y todo el mundo vacía, por lo tanto, unos mismos términos: democracia, libertad, nivel de vida, ideologías, izquierda, revolución... Ciertos términos generales que dentro de esta confusión llamamos la derecha, han avanzado ya en Alemania Federal, en Grecia, en Francia) o están avanzando en estos momentos (nueva fuerza conservadora británica, dilema Nixon-Humphrey en EE. UU.) y quizá ello ayude al menos a aclarar la situación, a situar las fuerzas adversas en sus propios campos, buscando una terminología y unos conceptos nuevos que borren la confusión semántica que nació cuando al terminar la segunda guerra mundial con la derrota del nazismo se universalizaron los términos de democracia, libertad y afines sin que se universalizara su contenido. ■ E. H. T.